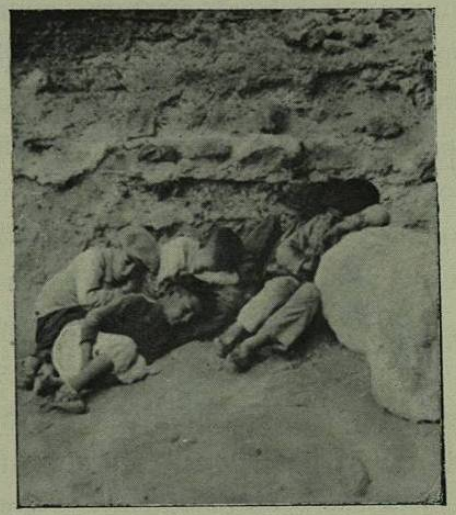
quejumbrosa, tenue y argentina, que parece la sola voz de la noche, la sola voz de todo, vocea de cuándo en cuándo con un dejo de infinita tristeza:—*Heraldo*...

Y la niebla, tenaz, implacable, cada vez más densa, suavemente, silenciosamente, se apodera de todo, lo borra todo, lo envuelve todo, como piadoso sudario!...



EL HORMIGUERO

Era el entierro de un buen hombre, de los pocos, tan bueno que, si alguna vez hizo algo malo, fué, seguramente, llevado de su extrema bondad...

Cuando vivía, aquel hombre había pasado inadvertido muchas veces por entre las multitudes, sus buenas acciones habían caido discretamente, calladamente, en el obscuro campo de los tristes, ¡como rocío silencioso, durante la noche, sobre la dura tierra!...

Algunas veces, aquellas multitudes que

casi nunca advirtieron su presencia, aquellas que, embaucadas por los charlatanes, ciegas, no vieron la fecunda labor del hombre honrado, le dieron hiel de amarguísimos desengaños en su sed de benditas esperanzas, pusieron obstáculos en su camino al bien... ¡al bien de ellas mismas!...

Y ahora que no existía lo glorificaban, ¿para qué ya? Se descubrían respetuosamente ante sus despojos, ante nada!... ¡era tan inmenso el gentío, que parecía que al muerto lo llevaban en triunfo al hoyo!...

De haber alzado la cabeza el buen hombre ¡cómo hubiese extrañado aquella solicitud de los indiferentes, de los ingratos, de los enemigos!... Él, tan bueno y tan humilde que había pedido que envolviesen su cuerpo en una sábana y lo enterrasen en una pobre sepultura entre los ignorados, se hubiese dolido de la fastuosidad de los funerales y, al